

¿Por qué hago teatro de títeres para niños y jóvenes?

Paco Paricio

Titiriteros de Binéfar (Binéfar – España)



Ilustración de Asha. *Pulgarcito*. Colección cuentos en colores. Ed. Ramón Sopena, 1930.



Ilustración de Bocquet en *Cuentos de hadas*, de Grimm. Barcelona: Ed. Molino, 1942.



Libro Alemán – *Cuento de hadas*. Berlín, 1907.

Resumen: El texto comenta aspectos inherentes al teatro y al teatro hecho para niños y jóvenes, destacando temas como: libertad, verdad, compromiso, juego, trascendencia y fábula. El autor apoya sus reflexiones en la experiencia con su compañía teatral, Los Titiriteros de Binéfar, y en su propia trayectoria de artista titiritero para llamar la atención sobre la importancia de fabular, jugar con sinceridad, saber escuchar, y asumir el desafío de estimular el asombro y la libertad, entre otros aspectos.

Palabras-clave: Teatro para niños y jóvenes. Teatro de títeres. Los Titiriteros de Binéfar.

Abstract: The text discusses aspects inherent to theater and theater made for children and young people highlighting issues such as: freedom, truth, commitment, play, transcendence and fable. The author supports his reflections with the experience with his theater company, Los Titiriteros de Binéfar and in his own career as a puppeteer artist to draw attention to the importance of fable, play with sincerity, to know how to listen, and to take up the challenge of stimulating astonishment and freedom, among other aspects.

Keywords: Theater for children and young people. Puppet theater. Los Titiriteros de Binéfar.

Un amigo brasileño me pide un escrito con las razones por las que hago teatro de títeres para niños y jóvenes. Antes que nada, aclaro que el teatro que practicamos Los Titiriteros de Binéfar tratamos que sea un teatro para todos: niños y grandes, pero con el añadido de que “interese a los niños”.



Prof. Paul Lothar Müller

*Die Kinder find aus Rand und Band,
Kommt Kasperl aus dem Zwergerland.*

Duende con títeres. Postal alemana Prof. Paul Lothar Müller.

Al buscar esas razones, acude a mi mente todo eso que tiene que ver con la realización personal, arreglar el mundo, educar a la infancia, lugares comunes, o tópicos o cómo les queramos llamar, y pienso después en expresiones como “necesidad imperiosa”, “responder una demanda”, “cubrir un hueco”, pero cuantas más pienso en el asunto más me doy cuenta de que no se trata de una necesidad, ni de una militancia, ni de una vocación, ni de un propósito, sino de algo mucho más literario, es una cuestión

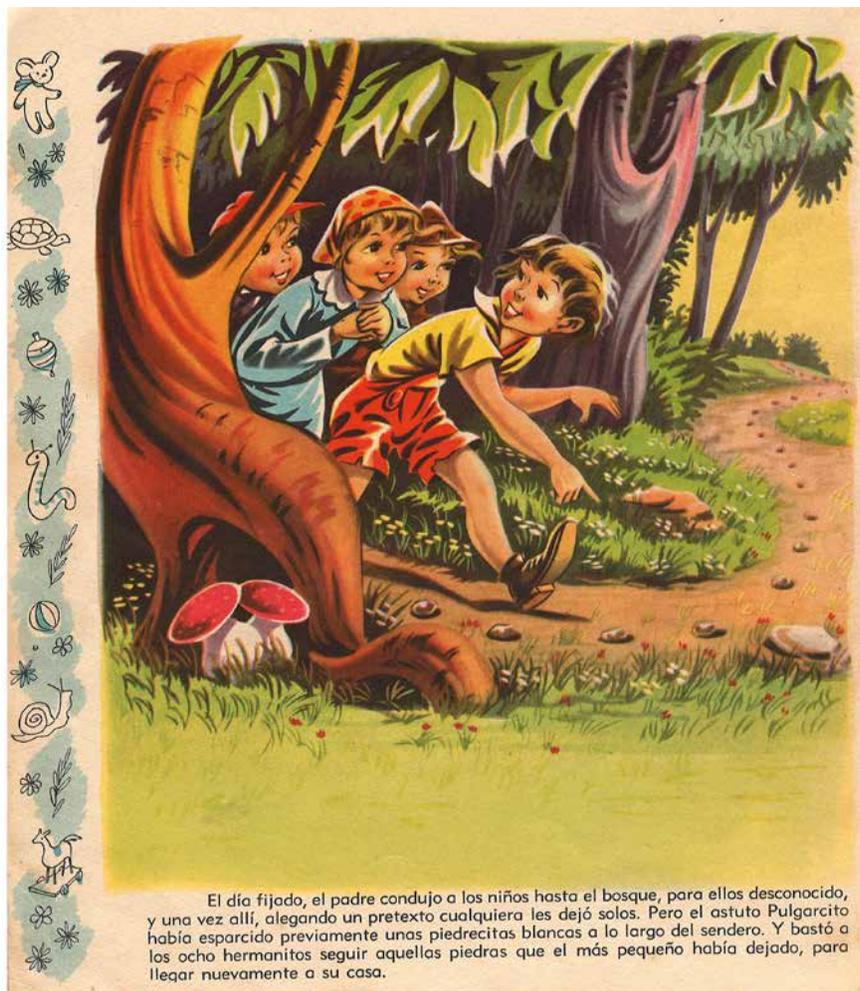


Ilustración sin autor. *Pulgarcito*. Barcelona: Ed. Bruguera, 1958.

“fabulosa” (de fábula), un “mandato ineludible”, un encargo que recibí y no pude soslayar, como le ocurrió a Caperucita, Pulgarcito, Juan sin miedo y tantos otros personajes de cuento. No sé cuándo ni cómo recibí ese mandato, que he tratado de obedecer; por el camino, he pasado pruebas, he encontrado personajes bienhechores, y me he topado con duendes que unas veces ayudan y otras complican, recibí la visita de hadas protectoras y en diversas ocasiones me enfrenté con brujas y ogros terribles, pues, como puede suponerse, la gracia está más en el camino, en el viaje. Cuando se aventura uno por este sendero, no puede ni imaginar cuál es el periplo que le espera, pero puedo asegurar que el desenlace es insospechado, reconfortante y feliz, y el tesoro que se encuentra es difícilmente descriptible.

Decidir hacer teatro de títeres para niños es lo más parecido a atravesar el espejo como hizo aquella Alicia. Cuando las cosas se ponen difíciles, siempre acabas encontrando una miguita con que alimentarte o una estaca con la que sacudir la adversidad, o una puerta que se abre donde parecía no haber salida, o un personaje que parecía una cosa y resulta ser otra.

Pero... ¿No es así siempre?, cuando pedimos a nuestra madre o abuela que nos cuente un cuento o nos explique algo de cuando ella era pequeña, ¿no sabemos de antemano que, aunque el relato describirá grandes dificultades que parecerán insalvables, siempre acabará de manera reconfortante? ¿No intuimos también que encontraremos en el relato una pista que nos explicará lo que nos sucede a nosotros mismos?

Ahora que lo pienso: mi encargo llegó hace muchos años, en el año 1967, cuando Gerardo Duat (el primer titiritero de quien aprendí), teniendo yo 12 años, me llamó para que le ayudara a mover los títeres en aquel tosco retablo, unos títeres de cartón piedra que compraba en una tienda de Barcelona con un sugerente nombre “El Ingenio”. Sin decirlo, me lo dijo: “Estos títeres te van a llevar muy lejos y traen aparejado algo importante para ti”, y así inicié un camino por diversos e intrincados lugares, y ahora que estoy a punto de llegar al País de Fantasía, ha aparecido de sobresalto en

medio del camino un duende que me impide seguir y me inquiere: “Si quieres continuar, debes darme las respuestas a este acertijo: ¿Por qué haces teatro de títeres? Así que aquí van, pues parece condición indispensable cumplir con el requerimiento.

1ª – ES UN ESPACIO DE LIBERTAD – Este teatro es un espacio de libertad, será, tal vez, porque no se presta demasiada atención a lo que se hace para los niños, en la calle o en esos espacios alternativos, que tanto frecuentamos los titiriteros, será por qué existen otras cosas más “importantes” a las que deben atender los legisladores o los grandes responsables educativos y políticos; sea por lo que fuere, lo que se dedica a los niños no precisa de muchos requisitos ni condicionantes, por eso este teatro ha constituido siempre un espacio con pocas cortapisas, una oportunidad para probar, investigar, hacer y deshacer, mezclar disciplinas, arriesgar con propuestas aparentemente incomprensibles, sin tantas normativas, como ocurre en el ballet, en la ópera o en el circo; este quehacer que practicamos es un nuevo mundo por explorar. Pero ¡cuidado! Esto no quiere decir que todo vale, suele decirse: “Los niños merecen un respeto” (un respeto lo merece todo el mundo). Vengo comprobando que lo que los niños exigen es la verdad más esencial, claro está que esa exigencia hay que percibirla e “interpretarla”, para eso se requiere de una cierta habilidad, tal vez eso que llamamos empatía, pues no todo el mundo tiene la disposición de escuchar lo callado, entender lo no verbalizado, intuir el deseo, casi la petición de esos que nos miran con los ojos tan abiertos, regalándonos su tesoro: su tiempo y atención.

2ª – IMPORTA MUCHO LA VERDAD – Se ha dicho que el teatro es una mentira, una apariencia; a mí me gusta esa frase que dice “El teatro es una mentira que es verdad”. El teatro para niños exige autenticidad.

Pongamos que decides representar un cuento, cualquier cuento clásico, esa razón por la que decides llevarlo a escena, ese motivo que

te inclina en la elección, que justifica la puesta en escena es (mejor: debe ser) la primera verdad, después creas un personaje, si no hay en él gestos de personas que has conocido, impulsos de gente con la que has soñado o te ha perturbado, fallará la verdad; a continuación, decides que todo pasa en un barco, si nunca has estado en un barco, puedes seguir, pero si no has hablado nunca con un marinero, si ni siquiera has mirado con atención el mar, fallará la verdad, y te lo van a notar. Si no juegas de verdad, si haces “como que...”, pero no crees en ello, lo van a notar... Los chavales son muy diestros en eso, no te lo dirán, pero fallará la conexión profunda. De vez en cuando, encontrarás alguna pista, algo que te indicará que vas por la senda adecuada, un chaval que te dice tras la función: “¿Cuándo vais a volver?”, o “¿Ya os vais?”. Son miguitas en el camino.

Me diréis...: “Pero, Paco... En este oficio, muchos impostores subsisten, y hasta medran; claro... Os respondo: “Esos impostores que se cruzarán en vuestro camino son vuestros ‘ogros o brujas particulares’, las trampas y pruebas que debéis pasar, que no son pocas... ¡Ojo con la casita de chocolate!”. Ya os lo dije: es un cuento con sus enigmas, sus pruebas, sus enredos, su senda en el bosque, también sus hadas y sus duendes bienhechores.

3ª – EL PÚBLICO COMPROMETE – El público infantil tiene un olfato muy especial para deslindar la impostura de lo auténtico, otra cosa será que lo entretengamos. Entretener, tanto a los niños como los adultos, es el resultado de una técnica, una destreza que se acaba aprendiendo si se le dedican horas y alguna reflexión, hay que conocer ritmos, músicas, dramaturgia, elementos visuales, sorpresas, tensiones, nudos, desenlaces, todo eso entretiene, pero en el fondo puede estar agazapada una gran mentira, no vale sólo entretener, creo que este es precisamente uno de los males de nuestro tiempo, nos conformamos con gustar o entretener que es algo superficial, momentáneo, por eso al acabar la función preguntamos al público: ¿te ha gustado? ¿Lo has pasado bien? Cuando lo que de verdad deberíamos preguntar es ¿te ha llegado al

corazón? ¿Te ha reconfortado? ¿Te sientes mejor?; como se pregunta a un amigo tras darle consuelo o permitirle un desahogo, o al verlo abatido, hacerle un comentario reconfortante, ya sé que esto no se puede ni se debe preguntar, pero hay que buscar su respuesta en los ojos, en los gestos, en las miradas, por eso siempre hay que despedir al público mirándole a los ojos, tratando de percibir hasta dónde has llegado con tu historia, yo así lo hago siempre que puedo.

Este teatro nuestro debe ayudar a vivir, debe provocar la fascinación, el arrobamiento, mantener encendida la capacidad de asombro de los que empiezan su particular senda, de los que no están de vuelta todavía: los niños y las niñas. ¿Os habéis dado cuenta de que, en los cuentos tradicionales, lo que importa es la ida? La vuelta siempre se resuelve de manera rápida. Pensad en *Pulgarcito* como ya con las botas, se hace rápidamente con el tesoro y va sin contratiempos a su casa, nada importante sucede en la vuelta.

4ª – EL JUEGO, LA FASCINACIÓN – El teatro de títeres tiene mucho de juego, y me atrevo a decir que el juego es la realidad más auténtica, es la que nos hace más personas. Hay algo en nuestra infancia que, consciente o inconscientemente, todos quisiéramos retomar, esa actitud de sorpresa primigenia, con los ojos abiertos queriendo captar el mundo, esa capacidad de asombro de estrenar la vida, que vamos perdiendo en la adolescencia y “matamos” definitivamente en la edad adulta cuando creemos haberlo conocido todo, saber todo lo importante, “estar de vuelta”.

Ya abuelo como soy, disfruto viendo a mis dos nietos, Aníbal y Rita, mirando lo que sucede a su alrededor, no siempre, pero de repente se quedan parados, absortos, extasiados, tratando de hacer suya la realidad, buscando entender, interpretar, dándose esa pequeña distancia, sin asomo de resabio ni de ironía adulta, “escuchando” la vida, tratando de encontrar el secreto, el arcano que hay detrás de las cosas. Esas ganas de conocer y de ver, esa pasión por todo, esa sensación de que no hay frontera entre juego, trabajo y vida, esa salida del tiempo que sólo da el verdadero juego (o grandes sesiones de yoga

y relajación), yo lo he encontrado en este teatro en el momento en que, con los títeres en las manos y habiendo entrado en la fábula, se produce la relación profunda con el público.

Antes de empezar las funciones, mantengo un pequeño rito en el camerino, justo en el momento antes de salir al escenario, cuando me quito el reloj de la muñeca, siempre pienso despacio y muy conscientemente: “Ahora, entraré en un lugar mágico, salgo del tiempo y me adentro donde el tiempo o vuela o se detiene”.

Si este teatro nuestro debe ser juego, y el títere, nuestros muñecos, son los juguetes de nuestro juego que consiste en dar vida para levantar sobre el escenario una fábula que revelará a quien sepa escuchar el secreto.

5ª – TRASCIENDE – Antes de seguir, debo decir que estoy en contra de los espectáculos didácticos y creo que el arte verdadero ya de por sí educa sin más explicaciones ni prolegómenos. Deberían estar prohibidos esos espectáculos cuyo objetivo es enseñar a reciclar los envases, a lavarse los dientes o a cualquier otro comportamiento utilitario; ese didactismo, tal vez necesario en otros ámbitos, a mi juicio no tiene nada que ver con el teatro auténtico. Será pedagogía disfrazada de teatro o directamente propaganda.

La vida que llevamos está sujeta a convenciones, horarios, conductas y formas preestablecidas, gran parte de lo que hacemos nos viene dado, no lo elegimos, nos obliga el contrato laboral, las convecciones sociales, los compromisos, la higiene, las leyes, etc. ¡Ah!... Pero la vida que inventamos en el juego, en el teatro, esa es la verdadera vida, pues es vida que creamos y a la que nos entregamos sin reserva.

Pero vayamos con la trascendencia (y entro ahora en un paraje intrincado de este bosque que transito), allá voy: ¿Recordáis el cuento de Hansel y Gretel?, imagino que nadie pensará que se trata de un cuento didáctico o ideológico, hasta podría decirse que no es un cuento demasiado adecuado para los niños actuales: la bruja devoradora, el niño en la jaula, el final en el horno. Os lo recuerdo en apresurada



Ilustración sin autor. *Casita de caramelo*. Barcelona: Ed. Cervantes, 1959.

síntesis: unos niños perdidos, una tentadora Casita de Chocolate y dulces en medio del bosque, al acercarse y comer, caen en la trampa de la malvada bruja, el niño es encerrado en una jaula para engordar y ser así comida de la Bruja, la niña pasa a ser sirvienta, pero consigue la llave y engaña a la Bruja a la que empuja para que perezca quemada en el horno, pueden escapar y hasta se hacen con el tesoro de la malvada.

Pues bien; imaginad ahora que se trata de una fábula sobre la droga. Puede parecer que doy demasiadas vueltas a la tuerca, pero,

¿y si la droga fueran los dulces?; la “camella”, la bruja; la jaula es el lugar dónde te coloca la adicción, un camino que acabará contigo, pero afortunadamente existe la ayuda necesaria para salir de la dependencia, la que Hansel recibe de su hermana Gretel. Los hermanos Grimm seguramente no pensaban en drogas cuando recogieron y dieron forma a este relato oral, tal vez les gustó que los protagonistas fueran hermanos como ellos, pero intuyeron que la fábula incluiría claves, interesaba no sólo por el conflicto, sino por algo más secreto, más profundo, más trascendente. Creo que los buenos cuentos posibilitan diversas lecturas, trascienden lo evidente.

Nuestras historias no deben ser didácticas, pero deben permitir esas complejas lecturas aplicables a la vida de quienes nos escuchan, tal vez no a la cotidianidad y a lo superficial, pero sí a sus impulsos, a sus miedos. Y a la vez deben constituir una herramienta de ayuda, no deben ser didácticas, pero sí trascendentes.

Una cosa es provocar la risa del público celebrando nuestros chistes, que griten implicándose en la historia para avisar al títere protagonista, que den palmadas a ritmo de tu música, todo lo anterior son técnicas de entretener, pero lo que verdaderamente importa es provocar la fascinación, que alguien del público, uno siquiera, entienda que le atañe directamente nuestra fábula, que sienta que el mundo se para porque está sucediendo algo que le interesa mucho, pero no acaba de saber por qué...

Y 6ª – LOS TÍTERES NOS CURAN – Ya los románticos y algunos vanguardistas después decían que las marionetas se mueven mejor que los bailarines profesionales, pues no tienen su “afectación”, su cuerpo de madera tosco y articulado ofrece simple y rotunda la lectura del movimiento a veces aleatorio e imprevisible (y ya voy entrando en materia titiritera, pues todo lo dicho hasta ahora valdría para el teatro para niños de cualquier género).

Los románticos observaron que el rostro y el cuerpo de los actores “contaminaba” el verdadero mensaje de la fábula; un actor, un cantante, un bailarín no puede evitar añadir al mensaje de la fábula

ese otro: “te fijas que bien lo hago”, “requiere todo esto una pericia tan especial que yo tengo”; ese exhibicionismo casi intrínseco al artista de las artes llamada “vivas”, lo evita de raíz el títere, el verdadero titiritero debe ser el actor que rechaza el interés hacia él y lo lleva, a través del muñeco, a lo que realmente importa: “la fábula”. Y la fábula, en sentido brechtiano, es algo más complejo que un cuento con moraleja, la fábula es una historia que nos da argumentos para pensar por nosotros mismos, para elegir cómo nos “aplicamos el cuento”, digamos que la fábula antigua lleva su moraleja y que en la nueva fábula es el espectador quien, al ver las situaciones y conflictos, decide su moraleja, estimula por tanto el sentido crítico y da pistas no muy evidentes que debe desentrañar el espectador.

EPÍLOGO – Ese duende Nini, así se llama el amigo que me pidió respuestas antes de dejarme entrar en *La Tierra de Jauja* o en el *País de Nunca Jamás*, yo le doy estas seis que vengo desarrollando: libertad, verdad, compromiso, juego, trascendencia y fábula. Al escuchar mis seis motivos, el elfo saca de su bolsa seis objetos y dice: “Te regalo este trozo de cuerda por la libertad, esta caja con cerillas por la verdad, este títere por el compromiso, este cascabel por el juego, esta pluma de ave por la trascendencia y esta flauta por la fábula”.

Y debo decir que, con aquella cuerda, hice *La fábula de la raposa*; con el cascabel, *Pasacalles medieval*; con el sombrero, *Cómicos de la legua*; con la flauta, *Dragoncio*; con el fuego, *El bandido Cucaracha y Camino de estrellas*; con la pluma, *El hombre cigüeña*; y con el títere, todos y cada uno de nuestros espectáculos, con ellos hemos recorrido más de cuarenta países y encontrado tesoros indescriptibles, como la amistad de este duende que vive con las tortugas en una bahía. ¡Gracias, Nini, por obligarme a la pausa reflexiva en este recodo del bosque!